

AFTER

ALMAS PERDIDAS

@IMAGINATOR1D

ANNA TODD

NO PODRÁS
VIVIR SIN ÉL



UN FENÓMENO
wattpad

 Planeta

3

ANNA TODD

AFTER. ALMAS PERDIDAS

(Serie After, 3)

Título original: *After We Fell*

© Anna Todd, 2014

La autora está representada por Wattpad.

Publicado de acuerdo con el editor original, Gallery Books, una división de Simon & Schuster, Inc.

© por la traducción, Traducciones Imposibles, 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2015

ISBN: 978-84-08-13567-8

Depósito legal: B. 23.964-2014

Composición: Víctor Igual, S. L.

Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web

www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1

Tessa

—¿Papá?

No es posible que el hombre que tengo delante sea quien es, por mucho que esos ojos marrones me resulten familiares.

—¿Tessie? —Su voz es más grave que en mis recuerdos lejanos.

Hardin me mira, con los ojos centelleantes, y luego mira a mi padre.

Mi padre. Aquí, en este barrio de mala muerte, con la ropa sucia.

—¿Tessie? ¿De verdad eres tú? —pregunta.

Me quedo helada. No sé qué decirle a este borracho que tiene la cara de mi padre.

Hardin me pone una mano en el hombro para que reaccione.

—Tessa...

Doy un paso hacia el extraño y él sonrío. Su barba castaña está salpicada de canas, su sonrisa no es blanca y limpia como yo la recordaba... ¿Cómo ha acabado así? Todas mis esperanzas de que hubiera enderezado su vida igual que Ken se han esfumado. Me resulta más doloroso de lo que debería que este hombre sea mi padre.

—Lo sé —dice alguien, y pasado un instante me doy cuenta de que lo he dicho yo.

Recorre la distancia que nos separa y me rodea con los brazos.

—¡No me lo creo! ¡Estás aquí de verdad! He intentado...

Hardin me aparta de él sin dejarlo terminar la frase. Retrocedo, no sé muy bien cómo comportarme.

El extraño, mi padre, nos mira alerta y asombrado. Pero, afortunadamente, pronto vuelve a adoptar la postura despreocupada de antes y a guardar las distancias.

—Llevo meses buscándote —dice pasándose la mano por la frente, extendiendo así un manchurrón de mugre por la piel.

Hardin se planta delante de mí, listo para lanzarse al ataque.

—No me he movido de aquí —le contesto con calma, mirando por encima del hombro de Hardin.

Le estoy agradecida por querer protegerme, y me paro a pensar que debe de estar de lo más confuso.

Mi padre lo mira de arriba abajo.

—Vaya —dice—. Noah ha cambiado mucho.

—No, es Hardin —replico.

Mi padre arrastra los pies un poco y se me acerca unos centímetros, aunque Hardin se pone tenso al verlo moverse. Está tan cerca que puedo olerlo.

O bien es el alcohol, o bien es el resultado de haber abusado tanto de él lo que ha hecho que los confunda: Hardin y Noah son polos opuestos y es imposible compararlos. Mi padre me rodea con un brazo y Hardin me lanza una de sus miradas, pero niego ligeramente con la cabeza para que no se meta.

—¿Quién? —Mi padre no me suelta durante una incómoda eternidad mientras Hardin se queda ahí parado, mirándonos como si estuviera a punto de explotar, no de rabia, sino porque no parece tener ni idea de qué hacer o decir.

Ya somos dos.

—Es mi... Hardin es mi...

—Novio. Soy su novio —dice terminando la frase.

Los iris marrones del hombre se hacen más grandes cuando por fin asimila el aspecto de Hardin.

—Un placer, Hardin. Yo soy Richard.

Extiende la mano sucia para estrechar la de Hardin.

—Igualmente... —Hardin está muy desconcertado.

—¿Qué hacéis por aquí?

Aprovecho la ocasión para apartarme de él y colocarme junto a Hardin, que vuelve a ser el de siempre y me estrecha contra su costado.

—Hardin ha venido a hacerse un tatuaje —contesto como una autómata. Soy incapaz de procesar lo que está pasando.

—Ah... Qué bien. Yo también he sido cliente aquí alguna vez.

Imágenes de mi padre tomándose un café antes de salir de casa por las mañanas para ir a trabajar inundan mi mente. No se parecía en nada

a lo que tengo delante, no hablaba así y, desde luego, por aquella época no se tatuaba. Entonces yo era una niña.

—Sí, los hace mi amigo Tom.

Se arremanga y nos enseña algo que semeja una calavera en su antebrazo.

No parece suyo, aunque a medida que lo observo con más detenimiento, empiezo a ver que le pega.

—Ah... —Es todo cuanto consigo decir.

Esto es muy raro. Este hombre es mi padre, el hombre que nos dejó a mi madre y a mí solas. Y aquí lo tengo..., borracho. Y no sé qué pensar.

Una parte de mí está emocionada, una pequeña parte que, en este momento, no quiero reconocer que existe. En secreto, llevo esperando volver a verlo desde el día en que mi madre mencionó que había vuelto. Sé que es una tontería, una estupidez, pero en cierto sentido parece que está mejor que antes. Está borracho y es posible que ni siquiera tenga casa, pero lo he echado de menos más de lo que creía y puede que simplemente haya tenido una mala racha. ¿Quién soy yo para juzgarlo si no sé nada de él?

Cuando lo miro, y miro luego la calle que nos rodea, se me hace raro que todo transcurra con normalidad. Juraría que el tiempo se ha detenido cuando mi padre se ha acercado tambaleándose hacia nosotros.

—¿Dónde vives? —le pregunto.

La mirada defensiva de Hardin está fija en él. Lo mira como si fuera un depredador peligroso.

—Ahora mismo no tengo un sitio fijo. —Se enjuga la frente con la manga.

—Ah.

—Estaba trabajando en Raymark, pero me despidieron —me dice.

He oído antes ese nombre, Raymark. Creo que es una fábrica. ¿Ha estado trabajando de obrero?

—¿Qué hay de tu vida? —añade—. ¿Cuánto tiempo hace...? ¿Cinco años?

Hardin se tensa a mi lado cuando digo:

—No. Nueve.

—¿Nueve años? Lo siento, Tessie.

Arrastra un poco las palabras. El apelativo cariñoso me duele en el

alma: ese nombre pertenece a los buenos tiempos. A cuando me levantaba en el aire, me sentaba sobre sus hombros y corría conmigo a cuestras por nuestro pequeño jardín, antes de que se fuera. No sé qué pensar. Quiero llorar porque llevaba mucho tiempo sin verlo. Quiero reír porque es irónico encontrármelo aquí, y quiero chillarle por haberme abandonado. Me confunde verlo así. Lo recuerdo como a un borracho, pero entonces era un borracho furibundo, no un borracho sonriente que le estrecha la mano a mi novio y le enseña sus tatuajes. A lo mejor ha cambiado y ahora es un hombre más amable.

—Tenemos que irnos —dice Hardin mirando a mi padre.

—Lo siento mucho. No fue sólo culpa mía. Ya sabes cómo es tu madre... —se defiende agitando las manos—. Por favor, Theresa, dame una oportunidad —me suplica.

—Tessa... —me dice Hardin, a mi lado, en tono de advertencia.

—Danos un minuto —le pido a mi padre.

Cojo a Hardin del brazo y me lo llevo aparte.

—¿Qué demonios estás haciendo? ¿No irás a...? —empieza a decir.

—Es mi padre, Hardin.

—Es un puto borracho sin techo —me espeta molesto.

Los ojos se me llenan de lágrimas al oír las duras verdades que ha dicho Hardin.

—Llevo nueve años sin verlo.

—Exacto, porque te abandonó. Es perder el tiempo, Tessa. —Mira por encima de mi hombro, en dirección a mi padre.

—Me da igual. Quiero escuchar lo que tiene que decirme.

—Ya, me lo imagino. No es que voyas a invitarlo a quedarse con nosotros en el apartamento. —Menea la cabeza.

—Lo haré si me apetece. Y, si quiere venir, vendrá. Para eso es también mi casa —salto.

Miro a mi padre. Está ahí de pie, con la ropa sucia y la cabeza gacha, mirando el asfalto. ¿Cuándo ha sido la última vez que ha dormido en una cama? ¿Y su última comida caliente? Se me parte el corazón sólo de pensarlo.

—¿De verdad estás pensando en invitarlo a que venga a casa con nosotros? —Se pasa la mano por el pelo, un gesto de frustración que me resulta muy familiar.

—No a que se quede a vivir, sólo a pasar la noche. Podríamos preparar una bonita cena —me ofrezco.

Mi padre entonces alza la vista y nuestras miradas se encuentran. Aparto la mía cuando veo que empieza a sonreír.

—¿Una cena? Tessa, es un maldito borracho al que no has visto en casi diez años. Y ¿te estás ofreciendo a prepararle la cena?

Me avergüenza su pataleta. Le tiro de la solapa para acercarlo más a mí y poder hablar más bajo.

—Hardin, es mi padre y ya no tengo ninguna relación con mi madre.

—Eso no significa que debas tenerla con ese tipo. No va a acabar bien, Tess. Eres demasiado buena con todo el mundo y no se lo merecen.

—Es importante para mí —le digo, y su mirada se suaviza antes de que pueda señalarle lo irónico de las pegas que me pone.

Suspira y se tira del pelo alborotado con frustración.

—Mierda, Tessa, esto va a acabar fatal.

—Eso no lo sabes, Hardin.

Suspiro y miro a mi padre, que se está pasando los dedos por la barba. Sé que puede que Hardin tenga razón, pero me debo a mí misma intentar conocer a ese hombre o, como mínimo, escuchar lo que tiene que decirme.

Vuelvo junto a él y balbuceo con un claro tono de recelo:

—¿Te gustaría venir a nuestra casa a cenar?

—¿De verdad? —exclama, y la esperanza le ilumina la cara.

—Sí.

—¡Claro! ¡Claro que sí! —Sonríe, y por un instante veo al hombre que recordaba, el de antes de que le diera a la botella.

Hardin no dice ni una palabra mientras volvemos al coche. Sé que está enfadado y lo entiendo. Pero también sé que su padre ha cambiado para bien (es el rector de nuestra universidad, ahí es nada). ¿Tan tonta soy por esperar que el mío también cambie a mejor?

Cuando llegamos al coche, mi padre pregunta:

—Caray... ¿Es tuyo? Es un Capri, ¿verdad? De finales de los setenta.

—Sí. —Hardin se sienta tras el volante.

Mi padre no dice nada al respecto de su respuesta cortante, y me alegro. La radio suena de fondo y, en cuanto Hardin arranca el motor,

ambos nos lanzamos a subir el volumen con la esperanza de que la música ahogue el incómodo silencio.

Durante el trayecto me pregunto cómo se lo tomaría mi madre. Me estremezco al imaginarlo e intento pensar en mi traslado a Seattle.

No. Eso es casi peor. No sé cómo contárselo a Hardin. Cierro los ojos y apoyo la cabeza en la ventanilla. La mano cálida de Hardin cubre la mía y empiezo a calmarme.

—Vayaaa, ¿vives aquí? —Mi padre abre una boca de palmo desde el asiento de atrás cuando llegamos al edificio de apartamentos.

Hardin me lanza una mirada sutil para indicarme que está listo, y yo respondo:

—Sí, hace unos meses que vivimos aquí.

En el ascensor, la mirada protectora de Hardin me hace ruborizar, y le regalo una pequeña sonrisa a ver si se relaja un poco. Parece que funciona, pero estar en casa con un perfecto desconocido es tan raro que empiezo a arrepentirme de haberlo invitado. Aunque ahora ya es demasiado tarde.

Hardin abre la puerta del apartamento, entra sin mirar atrás y se mete en el dormitorio sin mediar palabra.

—Enseguida vuelvo —le digo a mi padre, y lo dejo solo en la entrada.

—¿Te importa si voy al baño? —me pregunta.

—Todo tuyo. Está al final del pasillo —digo señalando la puerta del baño sin mirar.

En el dormitorio, Hardin está en la cama, quitándose las botas. Mira hacia la puerta y me hace un gesto para que la cierre.

—Sé que estás enfadado conmigo —puntualizo en voz baja caminando hacia él.

—Lo estoy.

Le cojo la cara entre las manos y con los pulgares le acaricio las mejillas.

—No te enfades.

Cierra los ojos para disfrutar mi suave caricia y me rodea la cintura con los brazos.

—Te hará daño, y yo sólo quiero evitarlo.

—No puede hacerme daño. ¿Qué iba a hacerme? ¿Cuánto hace que no lo veo?

—Seguro que ahora mismo se está llenando los bolsillos con nuestras pertenencias —resopla, y no puedo evitar reírme—. No tiene gracia, Tessa.

Suspiro e intento levantarle la cara para que me mire.

—¿Crees que puedes animarte un poco e intentar pensar en positivo? Todo esto ya me resulta bastante confuso, no necesito tenerte de morros y añadiendo más presión.

—No estoy de morros. Sólo intento protegerte.

—No hace falta. Es mi padre.

—No es tu padre...

—Por favor... —Le acaricio el labio con el pulgar y su expresión se suaviza.

Suspira de nuevo y al final contesta.

—De acuerdo, vamos a cenar con el tipo ese. Seguro que hace mucho que sólo come lo que encuentra en un contenedor.

Mi sonrisa desaparece y empieza a temblarme el labio. Hardin se da cuenta.

—Perdona. No llores. —Suspira.

No ha dejado de suspirar desde que nos encontramos con mi padre frente al local de tatuajes. El hecho de ver a Hardin preocupado (cosa que demuestra enfadándose, como todo lo demás) hace que la situación me parezca aún más surrealista.

—Lo he dicho en serio pero intentaré no ser un capullo. —Se levanta y me da un pico en la comisura del labio. Salimos del dormitorio y masculla—: Vamos a alimentar al mendigo.

Eso no me ayuda a estar de mejor ánimo.

El hombre en la sala de estar parece un pez fuera del agua. Mira a un lado y a otro y se percata de que tenemos muchos libros en las estanterías.

—Voy a preparar la cena. ¿Os quedáis viendo la tele? —sugiero.

—¿Me dejas que te ayude? —se ofrece.

—Vale.

Medio sonrío y me sigue a la cocina. Hardin se queda en la sala de estar, guardando las distancias, tal y como imaginaba.

—No me puedo creer que estés hecha toda una mujer y que te hayas independizado —dice mi padre.

Abro la nevera para sacar un tomate mientras intento ordenar las ideas.

—Estoy en la universidad, estudio en la WCU. Igual que Hardin —contesto. Omito su expulsión inminente por razones obvias.

—¿En serio? ¿La WCU? Ostras...

Se sienta a la mesa y veo que se ha lavado las manos a conciencia. La mugre de la frente también ha desaparecido, y el círculo húmedo que lleva en el hombro de la camisa me dice que ha intentado lavar una mancha. Él también está nervioso, y eso me hace sentir un poco mejor.

Estoy a punto de contarle lo de Seattle y el nuevo y emocionante giro que va a dar mi vida, pero tengo que decírselo primero a Hardin. La reaparición de mi padre es otro bache en mi camino. No sé con cuántos problemas voy a ser capaz de lidiar antes de derrumbarme.

—Me habría gustado estar más cerca para ver cómo te iba la vida. Siempre he sabido que llegarías lejos.

—Pero no estabas —digo cortante.

La culpa me corroe en cuanto las palabras salen de mi boca, aunque no deseo retirarlas.

—Lo sé —admite—, pero ahora estoy aquí y espero poder compensártelo.

Y esas sencillas palabras, aunque algo crueles, me dan esperanzas de que es posible que no sea tan malo y que sólo necesite ayuda para dejar de beber.

—¿Sigues... sigues bebiendo? —pregunto.

—Sí. —Agacha la cabeza—. Aunque no tanto. Sé que parece lo contrario, pero es que he tenido unos meses muy duros, eso es todo.

Hardin aparece entonces en el umbral de la cocina e imagino que está luchando consigo mismo para mantener la boca cerrada. Espero que lo consiga.

—He visto a tu madre un par de veces —prosigue mi padre.

—¿Sí?

—Sí. Se ha negado a decirme dónde estabas. Se la ve bien —comenta.

Esto es muy raro, él hablando de mi madre. La voz de ella resuena en mi cabeza, recordándome que este hombre nos abandonó. Este hombre es la razón de que ella sea como es.

—¿Qué pasó... entre vosotros? —inquiero.

Pongo las pechugas de pollo en la sartén, con el aceite chisporroteando mientras aguardo una respuesta. No quiero darme la vuelta y verle la cara después de haberle hecho una pregunta tan directa, pero no puedo evitar que me interese.

—No éramos compatibles. Ella siempre quería más de lo que yo podía darle, y ya sabes cómo puede ponerse.

Vaya si lo sé, pero que hable de ella de un modo tan despectivo no me sienta nada bien.

Dejo en paz a mi madre y vuelvo a culparlo a él. Me doy la vuelta y pregunto rápidamente:

—¿Por qué nunca llamaste?

—Lo hice. Llamé muchas veces. Por tu cumpleaños siempre te enviaba un regalo. No te lo ha contado, ¿verdad?

—No.

—Pues es la verdad. Te he echado mucho de menos todo este tiempo. No me puedo creer que ahora estés aquí, conmigo. —Le brillan los ojos y le tiembla la voz. Se levanta y camina hacia mí.

No sé cómo reaccionar. Ni siquiera conozco a este hombre ni sé si lo conocí alguna vez.

Hardin entra entonces en la cocina y crea una barrera entre nosotros. De nuevo, agradezco su intromisión. No sé qué pensar de todo esto, necesito guardar las distancias físicas con este hombre.

—Sé que no puedes perdonarme —dice casi sollozando, y se me hace un nudo en el estómago.

—No es eso. Sólo necesito tiempo antes de volver a tenerte en mi vida. Ni siquiera te conozco —le digo.

Él asiente.

—Lo sé, lo sé.

Se sienta de nuevo a la mesa y me deja que termine de preparar la cena.